

# MORAL, DESARROLLO Y PSICOLOGÍA

Jaime Yáñez Canal<sup>1</sup>  
Andrea Mojica<sup>2</sup>

Universidad Piloto de Colombia

## Palabras claves:

*Desarrollo moral, enfoque evolutivo-cognitivo, ética del cuidado, psicología del desarrollo.*

## Keywords:

*Moral development, cognitive-development approach, ethic of care, development Psychology.*

Recibido: 15/06/2010  
Aprobado: 15/07/2010

© Stock.XCHNG - Abdulaziz Almansour

## RESUMEN

El presente artículo plantea una aproximación al campo de la psicología del desarrollo moral a partir del análisis de la ya clásica polémica entre el enfoque cognitivo-evolutivo de Lawrence Kohlberg y la ética del cuidado, formulada por Carol Gilligan. El seguimiento a algunos de los argumentos críticos y los trabajos empíricos que se han desplegado para confirmar o cuestionar a ambas posturas permite establecer la necesidad de reconceptualizar la manera en que se aborda lo moral en psicología a partir de la reflexión sobre el desarrollo humano. Superar las dicotomías tradicionales en el campo (forma-contenido/abstracto-concreto) abre la puerta a nuevas consideraciones del desarrollo moral que enfaticen en la capacidad de los individuos para descifrar la complejidad de las situaciones sociales a partir de la ampliación de los criterios de sensibilidad y la consideración del otro como semejante.

## ABSTRACT

This article raise an approximation to the field of moral development Psychology from the classic controversy between the cognitive-development approach by Lawrence Kohlberg and the ethic of care formulated by Carol Gilligan. The tracking of some of the critical arguments and empirical works developed to confirm or question both positions allow the possibility of re-thinking the way is tackled morality in Psychology based on the reflection about human development. Overcoming the traditional dichotomies in the field (form-content/abstract-concrete) opens the door to new considerations about moral development that emphasize the capacity of individuals to decipher the complexity of social situations from the expansion of sensitivity criteria and the consideration of the *other* as similar.

Las actuales condiciones sociales, económicas, políticas y científicas plantean serios interrogantes en torno a los juicios, a los comportamientos y a las actitudes que asumen los individuos frente a situaciones en las que la pregunta por el bienestar, la preocupación por el otro, la justicia, la equidad y/o el deber se ponen en juego.

En psicología, este cuestionamiento ha sido considerado desde diferentes perspectivas, que de acuerdo con sus coordenadas teóricas ubican la determinación del juicio y la acción moral en variables externas (como el psicoanálisis o el conductismo) o en estructuras internas (psicología cognitiva). En el caso de la psicología cognitiva, el estudio de lo moral se planteó a partir del interés por el desarrollo social y del pensamiento, principalmente a través de algunos trabajos de Jean Piaget (1932/1984), cuyos postulados fueron recogidos por Lawrence Kohlberg, bajo la rúbrica del enfoque cognitivo-evolutivo.

Se abre así el campo de la psicología del desarrollo moral, que en la actualidad acoge propuestas teóricas diversas, las cuales giran en torno a debates centrales sobre la noción de estadio, los modelos o concepciones para abordar los procesos de conocimiento o comprensión humanos, la direccionalidad en el desarrollo y las razones del cambio o evolución. El presente artículo recoge algunas de estas cuestiones, a partir del análisis de una de las polémicas centrales en la psicología moral, y esboza el panorama de los retos conceptuales y aplicados para las formulaciones emergentes en el campo.

En primera instancia vale la pena recordar algunos aspectos centrales de la obra de Lawrence Kohlberg (1974; 1975; 1976a; 1995a; 1995b; 1995c; Kohlberg, Levine y Hewer, 1995; Kohlberg y Candee, 1995), quien propuso una teoría psicológica del desarrollo moral con base fundamentalmente en las propuestas filosóficas de Kant, John Rawls<sup>3</sup> y Hare<sup>4</sup> y en modelos cognitivo-evolutivos como el de Piaget, Mead<sup>5</sup> y Selman.<sup>6</sup>

Kohlberg retoma de Piaget el modelo del desarrollo, entendido como el proceso de sucesivas equilibraciones, a partir de una serie de estadios caracterizados por la construcción de organizaciones totales y universales que se despliegan en una secuencia invariable (ningún estadio puede ser saltado en el desarrollo<sup>7</sup>). Esta propuesta, que bien se puede clasificar como una teoría estructural, requiere considerar una diferenciación entre competencia y actuación<sup>8</sup> para entender la manera como concibe la construcción y la complejización del conocimiento.

La competencia hace referencia a una capacidad universal del sujeto que garantiza la coherencia del razonamiento en infinidad de situaciones particulares; en ese orden de ideas, la competencia remite a un sujeto ideal que al operar de manera independiente de contextos particulares puede disponer del mecanismo para descifrar el funcionamiento de un conjunto extenso de situaciones específicas. Para Piaget esta competencia es descrita a partir de modelos lógico-matemáticos (o “formales”), que permitirían entender la recursividad y estabilidad de los juicios humanos.

3. En ética se conocen las formulaciones de estos autores como teorías deontológicas. Estas teorías éticas se formulan alrededor del problema del deber en sí mismo, independientemente de las consecuencias o fines que persigan de manera específica los individuos o sociedades particulares. La fundamentación de los juicios éticos se propone a partir de una capacidad racional, que opera en términos universales y formales.

4. La obra de Hare es una propuesta metaética que le permite a Kohlberg caracterizar en términos formales el discurso ético y dar cuenta del carácter prescriptivo de las órdenes morales.

5. George Mead planteó una fértil discusión sobre los procesos de socialización basado en el cuestionamiento de la dicotomía pensamiento-acción, la orientación de la acción en función de las significaciones construidas socialmente, y la configuración del self a través de la interacción comunicativa con los otros y las relaciones comunitarias y societarias (Blumer, 1969).

6. Robert Selman propone la teoría de la adopción de roles como una capacidad evolutiva que se instituye como condición necesaria, pero no suficiente del desarrollo cognitivo y moral.

7. Respecto a la explicación del desarrollo o de cómo dar cuenta del porqué los sujetos cambian de un estadio de conocimiento A a un estadio de conocimiento B más complejo, las formulaciones de Kohlberg se acercan al interaccionismo simbólico. Al igual que Mead, Baldwin y las primeras formulaciones de Piaget, Kohlberg cree que el desarrollo depende de las interacciones entre los sujetos, ya que en éstas se ejercita la reciprocidad y la capacidad de toma de perspectiva, dos condiciones fundamentales para construir un juicio moral universal. Este aspecto de la teoría de Kohlberg no va a ser abordado en este artículo, aunque posteriormente, al tomar posición con algunos abordajes “sociales”, se evidenciarán las dificultades de la perspectiva kohlbergiana al considerar lo social únicamente en términos de “formas de interacción”.

8. Se utilizan los vocablos competencia-actuación por ser la terminología que se hizo más popular. La terminología usada por Piaget fue sujeto epistémico-sujeto psicológico o la oposición forma-contenido”. Kohlberg expresó esta oposición con los conceptos ético-psicológico. Independientemente de los términos utilizados, el interés de estos autores era oponer ciertas capacidades cognitivas universales a las variaciones contingentes de la conducta humana.

La actuación, al contrario, comprende todas las conductas variables de los seres humanos que no pueden sistematizarse o que dependen de variables o circunstancias siempre variables y contingentes. Con base en esta diferencia se plantea que los procesos de conocimiento caracterizados desde los enfoques cognitivos-evolutivos son abordados como formas, procedimientos o estructuras formales, que operan de modo independiente de las variaciones contextuales y que funcionan como matrices de conocimiento al determinar los fenómenos que puede comprender un sujeto.

Considerar estos procesos desde una perspectiva que centra su atención en la forma o en la competencia más que en la actuación, supone entender el cambio humano y el desarrollo como un proceso de diferenciación progresiva de las formas y de los contenidos, en los que los últimos estadios se constituyen en la expresión de una mayor capacidad formal de los sujetos. Para las teorías genético-estructurales, el mayor nivel de desarrollo se evalúa en términos de la cercanía de las manifestaciones individuales a aquellas que corresponden a un modelo de ideal funcionamiento. De acuerdo con lo anterior, entre más desarrollado esté un sujeto más operará de una manera independiente y autónoma, lejos de las influencias de contextos o contenidos particulares<sup>9</sup>. Esta concepción aplicada al terreno moral lleva a Kohlberg a proponer a la justicia como el criterio moral propio de un estadio final que a su vez habrá de funcionar como modelo para la caracterización del juicio de los sujetos en su desarrollo.

Bajo estas premisas, Kohlberg retoma a Kant, Rawls y Hare, y entiende lo moral como un procedimiento que permite a un sujeto evaluar todas aquellas situaciones de carácter dilemático de acuerdo con criterios de universalidad, imparcialidad y equidad. Una ética basada en principios universales, que hagan mención al respeto de las libertades individuales, sólo sería posible al final de un desarrollo donde los sujetos han podido desplegar formas de conocimiento descentradas e indiferentes a las contingencias e intereses particulares.



© Stock.XCHNG - Dora Pete

Según lo anterior, el último estadio del desarrollo moral asume en la propuesta de Kohlberg una doble significación. Por un lado, tiene un sentido filosófico más que psicológico, que expresa la aceptación de las posturas deontológicas y cognitivas de la filosofía moral como referentes para diferenciar lo correcto (formulado de manera incondicional, sin relación con los intereses particulares de los sujetos, ni con los variados ideales de realización de las perspectivas religiosas, políticas o filosóficas) y, por el otro, se constituye en justificación para la comprensión de la direccionalidad de todo desarrollo moral de los sujetos en términos de progreso.

Cabe destacar que para Kohlberg la definición de lo ético y el establecimiento de parámetros para evaluar las diferentes decisiones morales deben ser parte de una disciplina no científica como la filosofía, ya que lo correcto moralmente no puede establecerse por la indagación empírica<sup>10</sup>. En ese orden de ideas, la psicología debería restringir su trabajo investigativo a la recolección de información sobre cómo los sujetos en su desarrollo razonan sobre problemas morales, sin que estos datos puedan incidir sobre los criterios establecidos en la disciplina filosófica.

Este último privilegio de la filosofía sobre la psicología como instancia para el establecimiento de criterios morales refleja el reconocimiento que Kohlberg hace a las éticas deontológicas como orientación procedural por excelencia, que permitiría entender el juicio moral de las personas. Este método, fundado en la imparcialidad, la universalidad, el prescriptivismo,

9. Kohlberg plantea seis estadios del desarrollo, dos por cada nivel del desarrollo moral. Los niveles del desarrollo son el preconvencional, el convencional y el posconvencional. La caracterización de cada estadio del desarrollo puede encontrarse en Kohlberg, 1992.

10. En filosofía, Hume instituyó la separación entre el es y el debe, como una forma de exigir un discurso diferente para la justificación moral y política. Esta oposición, que ha expresado el temor de la filosofía moral de caer en el relativismo, o de ligar las obligaciones humanas a posibles teorías restrictivas sobre la naturaleza humana, o el interés de legitimar un espacio reflexivo independiente de los avances de las ciencias empíricas, determinó buena parte de la historia de las discusiones sobre lo ético. Kohlberg, a pesar de tener un interés de tipo empírico, mantuvo esta oposición.

la reversibilidad y la validez general ofrecería una serie de criterios para evaluar la adecuabilidad de una decisión moral (Kohlberg & Candee, 1955), asumiendo que de acuerdo con la posición que el sujeto asuma frente al estado final deseado y justificado filosóficamente podrá establecerse el nivel de moralidad de los seres humanos.

Esta perspectiva, que permitió legitimar el estudio y la explicación del razonamiento sociomoral, recibió una variedad de críticas de diferente naturaleza. En principio, el hecho de que para la teoría estructural genética de Piaget y Kohlberg fuera irrelevante contemplar las diferencias en el desarrollo dadas por diferencias culturales, sociales, educativas o de género, llevó a interpretar las respuestas de los sujetos bajo un esquema de desarrollo-insuficiencia-en-el-desarrollo, según el cual la emisión de respuestas no esperadas para la edad evaluada o para los parámetros establecidos por la teoría estructural debía considerarse como expresión de estadios previos debido a posibles atrasos o regresiones en el desarrollo.

De acuerdo con el análisis estructural, que entiende el desarrollo moral como un encadenamiento de estadios ordenados en una escala de concreción-abstracción, habría sólo dos posibilidades de interpretación de las respuestas de los sujetos: se acercan al ideal propuesto como final del razonamiento moral o son la expresión de una primitiva forma de razonamiento, en la que el individuo de manera heterónoma es afectado por las influencias de personas, relaciones o intereses particulares.

La consideración de las diferencias entre los sujetos en relación con su permanencia en determinado estadio del desarrollo (establecido en términos universales) o como factor facilitador/obturador de este desarrollo, de antemano generó un movimiento crítico que, entre otros, destacó el carácter social complejo del desarrollo moral, el papel del género y la constitución de la identidad (self) como aspectos fundamentales para ampliar y profundizar en la comprensión psicológica de la moralidad humana. A diferencia de los planteamientos que luego formularon autores como Carol Gilligan, para Kohlberg, el hecho de que las personas contemplen intereses particulares a la hora de plantear sus juicios morales o que determinados grupos poblacionales se ubiquen con frecuencia en estadios iniciales del desarrollo moral, sería efecto de las condiciones paupérrimas, en términos morales e intelectuales, a que están expuestas estas personas. En últimas, las diferencias entre poblaciones permitirían no cuestionar su teoría en términos de cómo se privilegian ciertos criterios morales (la justicia) sobre otros

menos universales (la benevolencia, por ejemplo), sino más bien ilustrar cómo las condiciones poco favorables conducen a los sujetos hacia capacidades que bajo el esquema kohlbergiano son claramente insuficientes con respecto al ideal del desarrollo moral.

En cuanto a esta cuestión, vale la pena retomar las investigaciones que se realizaron durante las décadas de 1960 y 1970 a partir del modelo kohlbergiano (Haan, Smith y Block, 1968; Holstein, 1976), que concluían que las mujeres en su mayoría permanecían en un estadio 3 de desarrollo moral, mientras que los hombres alcanzaban el estadio 4 o 5 de este mismo proceso. Este resultado, que supuestamente reflejaba un precario desarrollo femenino, era comentado por Kohlberg en los siguientes términos:

La estabilización del pensamiento moral debe interpretarse como un proceso de “socialización” y no de la teoría moral. Esto se sugiere para plantear que el pensamiento del nivel convencional que en la edad adulta se estabiliza depende del rol sexual asignado socialmente. De los jóvenes que en el High School se encontraban en el estadio 3 sólo el 6% permanecen en él en la joven edad adulta, mientras que el resto cambian al estadio 4. Al contrario el estadio 3 en las mujeres parece ser un estadio más estable. Mientras en el High School se encuentran el mismo porcentaje de jóvenes y niñas en el estadio 3, en las poblaciones del College analizadas por Haan, Smith y Block se encuentran el doble de mujeres en relación a los hombres en este estadio. Incluso en la muestra de padres analizada por Holstein es más notoria esta diferencia. En este estudio se encuentran cuatro (4) veces más mujeres que hombres en el estadio 3. Con otras palabras, si las mujeres asumen el rol de madres después del High School o el College permanecen en número considerable en el estadio 3, mientras que los hombres avanzan hacia estadios superiores. La moral de la armonía personal es funcional para madres y amas de casa, pero no para los hombres de negocios o los profesionales. (Kohlberg & Kramer, 1955, p.63).

Esta cita de Kohlberg sintetiza lo que ya se había planteado, es decir, que desde este modelo las diferencias se interpretan a partir de los parámetros planteados a la manera de una escala de mayor o menor desarrollo. Bajo esta premisa, las mujeres<sup>11</sup> (otros estudios señalan el bajo





© Stock.XCHNG - Ewa Jarosiewicz

puntaje en las mismas pruebas de negros, latinos y personas de otras culturas o de bajo nivel social) estarían en estadios más primitivos que los hombres estudiados por Kohlberg; en todo caso, independientemente del esfuerzo de Kohlberg por dar explicaciones sociales a este "retraso" en el desarrollo femenino, es claro que desde esta conceptualización la diferencia termina entendiéndose como insuficiencia.

Resulta interesante señalar que un análisis general de los datos de las mujeres aquí presentados puede sugerir al menos dos interpretaciones opuestas; así, los resultados permitirían decir que las mujeres (o el grupo poblacional considerado en la investigación) efectivamente se ubican en estadios elementales del desarrollo, sujetos en función de las circunstancias "desfavorables" a las que se encuentran expuestas, o los criterios que plantea la teoría kohlbergiana para evaluar el juicio moral favorecen o son más aplicables a determinados grupos poblacionales, por lo cual resultaría cuestionable asumirlos como criterios universales e imparciales.

Tomar esta segunda alternativa abriría la puerta a considerar que los juicios éticos no solo pueden abordarse a la luz del criterio de la justicia, sino que existiría otra orientación moral diferente, ya no caracterizada en términos formales e imparciales. Carol Gilligan (1984) es precisamente la autora que propone esta segunda interpretación y para ello retoma el sesgo de las diferencias de género para situar esta cuestión. Así, de acuerdo con sus investigaciones, Gilligan plantea en sus primeras formulaciones que las mujeres poseerían una orientación moral distinta, no deficitaria con respecto al modelo kohlbergiano, que denominó "ética del cuidado y de la responsabilidad" (Gilligan, 1976; 1984; 1991; 1993).

La ética del cuidado como orientación moral parte de la consideración de individuos concretos y su preocupación por la conservación de las relaciones que establecen con otros, lo cual permite instituir los conceptos de responsabilidad y la no violencia como los criterios fundamentales del juicio (Gilligan, 1976; 1984; 1993; 1991; Gilligan y Wiggins, 1993; Maihofer, 1988). Bajo estas premisas, Gilligan sostiene que una teoría como la de Kohlberg, que contempla el desarrollo bajo la perspectiva de la autonomía de los individuos y el desprendimiento de los vínculos como condición para la formulación de juicios morales más "desarrollados", no podría dilucidar el problema de la racionalización y sus efectos en los espacios sociales y afectivos. La autora plantea que la comprensión del progreso ético en dirección a la imparcialidad corre el peligro de confundir objetividad con desprendimiento y conducir a la moral a un proceso de extrañamiento (Gilligan y Wiggins, 1993; Gilligan, 1993).

Precisamente, para hacer frente a este proceso de desprendimiento y extrañamiento Gilligan propone una "ética de cuidado", que caracteriza en términos de garantizar el bienestar y las adecuadas relaciones con personas específicas.

El planteamiento central de esta orientación radica fundamentalmente en la consideración de que aspectos como las consecuencias de las decisiones morales para la propia vida, para el futuro de los hijos y para las próximas generaciones, de las que no se puede esperar un trato recíproco, representan un nuevo aspecto que una teoría moral debería tener en cuenta. Esta postura, que otorga un lugar preponderante a preocupación por los otros en términos de su bienestar, incluye necesariamente la responsabilidad como un componente esencial del juicio. En efecto, el cuidado como orientación moral exige la consideración del agente en un contexto específico, con sus intereses y perspectivas particulares, que es afectado por las consecuencias de un determinado juicio. La responsabilidad y la consideración de los participantes en un determinado conflicto representan un componente esencial de una ética del cuidado, que aspira al mantenimiento del equilibrio en las relaciones de sujetos específicos sin ocasionar ningún perjuicio a ninguno de los sujetos ni a sus relaciones.

Esta orientación moral ha generado una variedad de debates que giran sobre diferentes interpretaciones de su teoría: una de estas polémicas



se ha centrado sobre la diferencia de los sexos en el razonamiento moral; otros autores han intentado analizar de manera más profunda su aporte y han interpretado el planteamiento Kohlberg-Gilligan como una versión psicológica del debate que en la actualidad se presenta en la filosofía entre el liberalismo y el comunitarismo<sup>12</sup>. Para tomar una posición al respecto, a continuación se examinará la forma en que se han presentado estas discusiones, en primera instancia a partir de la revisión de algunos resultados empíricos, para luego, desde la ampliación de algunas conceptualizaciones filosóficas, contextualizar el sentido del debate actual en las disciplinas que se han preocupado por clarificar el problema moral.

En psicología, los diversos abordajes sobre la moral son asumidos inicialmente como una diferencia debida al género. Gilligan (1976) reacciona contra estudios que presentaban, de acuerdo con la escala del desarrollo elaborada por Kohlberg, a las mujeres con un rezago moral (Haam, Smith y Block 1968; Holstein 1976) y sugiere interpretar estos resultados como parte de orientaciones morales propias de cada género. Para la autora, el hecho que las mujeres respondan diferente a los hombres se debe a que sus juicios son más contextuales y a que siempre procuran tener en cuenta a las personas que participan en un dilema y las consecuencias que éstas puedan sufrir por tomar una decisión particular.

La propuesta de Gilligan generó el desarrollo de una serie de estudios empíricos que intentaron poner a prueba sus afirmaciones. Al respecto, estudios como el de Pratt, Goldin, Hunter y Norris (1988), que evaluaron diferencias de género en los juicios de 242 participantes entre 14 y 92 años, plantearon que las diferencias en las orientaciones morales correspondían más a la educación de los sujetos y sus procesos de incorporación de los roles propios de hombres y mujeres que a diferencias sexuales. En la misma vía, Pérez-Delgado, García-Ros y Carrión (1992), al comparar estudiantes de los grados séptimo y octavo, con estudiantes de High School, y los de cursos preuniversitarios, pregrado y profesionales, concluyeron que las diferencias en el nivel educativo, y no las diferencias sexuales, se constituyan en el factor más determinante para el nivel de desarrollo moral.

Al contrario, Lifton (citado por Bruhn, 1993), Haste (1993) y Rommelspacher (1991; 1992), confirmaron la existencia de diferencias entre hombres y mujeres, sin embargo, plantearon que

estas diferencias respondían más a los roles que las mujeres y los hombres han asumido en las sociedades y no tanto a diferencias sexuales<sup>13</sup>. En esta vía, Di Martino (1991) encontró diferencias culturales entre la cultura siciliana y la norteamericana. Las mujeres sicilianas parecían evaluar las situaciones referidas a conflictos sociales de manera diferente que los hombres sicilianos o los estadounidenses.

Junto a estos dos “grupos” de investigaciones, aparece un tercer tipo de estudios que relacionaron las diferencias en los juicios morales con otros factores, como características personales o el tipo de dilema al que se enfrentan los sujetos. Al respecto, Buzzelli (1992) encontró que las diferencias en los juicios morales establecían una alta correlación con las experiencias de aceptación o rechazo que habían experimentado los sujetos con sus compañeros y amigos.

Clopton y Sorell (1993), por su parte, afirmaron que las diferencias entre la orientación moral se debían más a lo que ellos denominaron situaciones de vida que a las diferencias sexuales. Al comparar parejas con niños con limitaciones físicas o mentales, encontraron que los padres, hombres y mujeres, con niños limitados, tenderían a dar más respuestas según una ética del cuidado, que los padres con niños no limitados. Lavallee, Gourde y Rodier (1990) también concluyeron que los juicios morales dependían más de aspectos como el estado personal de los sujetos, el número de hijos y el ciclo de su vida de familia (recién casado, separado, su primer hijo), que del hecho de que fueran hombres o mujeres.

De otro lado, Nunner-Winkler (1988; 1994a; 1994b) sostiene que la orientación moral del cuidado o la benevolencia depende de situaciones caracterizadas por el agente como de directa afectación (“Betroffenheit”) –por ejemplo, el aborto sería una situación que afectaría de manera más directa a la mujer–. Esta tesis sobre la afectación del tipo de dilema fue confirmada por Rothbart, Hanley y Albert (citados por Bruhn, 1994), quienes encontraron que la orientación moral dependía del contenido presentado en los dilemas; desde esta perspectiva puede entenderse que en las respuestas a los dilemas de Kohlberg (como el dilema de Heinz) predomina la orientación moral de justicia, mientras que en los dilemas que incluyen la conservación de una relación íntima las respuestas de los sujetos, independientemente del género, expresan más una ética del cuidado y la benevolencia. En esta línea se inscriben

12. Se podría incluso afirmar que el debate Kohlberg-Gilligan es una reedición de antiguas polémicas filosóficas, como las de Platón, Kant y Aristóteles, Hume o Hegel.

13. Cabe señalar que la distinción entre el género y el sexo se utiliza para resaltar que las diferencias, si se presentan, se deben más a características culturales que a rasgos biológicos.

también los hallazgos de Furnham y Briggs (1993), según los cuales, en la confrontación de los sujetos con una situación en la que se les pide tomar decisiones respecto a la prioridad que tendrían unos pacientes de recibir tratamiento médico según la edad, el sexo y el estado familiar de estos, las orientaciones morales varían según atiendan a cada uno de los factores señalados, independientemente de si los sujetos experimentales son hombres o mujeres.

Las investigaciones reseñadas hasta aquí hacen parte de una gran cantidad de trabajos sobre la relación del juicio moral con el género u otras variables, que sin embargo no aportan datos concluyentes sobre la cuestión. La variedad de resultados parece deberse a las diferentes conceptualizaciones del fenómeno moral (Brown & Tappan, 1991), a las diferencias metodológicas en la concepción de investigación (DiMartino, 1990; Nails, 1991; Vasudev, 1988; Heidbrink, 1991) o a la mezcla de diferentes niveles y tipos de análisis propios de las teorías de Kohlberg y Gilligan. Estas dificultades tampoco parecen resolverse en los abordajes planteados desde el campo de la psicología experimental, cuyo planteamiento centrado en el establecimiento de las relaciones entre variables ha conducido a un exceso de información poco relevante sobre el juicio moral y las diferencias sexuales<sup>14</sup>.

Frente a este panorama, parece necesario retomar la discusión por un sesgo diferente a la introducción de nuevas variables o nuevas variaciones metodológicas; por ello, en contraposición a este tipo de aproximaciones, resulta pertinente partir de una revisión conceptual del sentido que pue-

den tener ciertas concepciones morales y debatir sobre la necesidad de utilizar otras perspectivas interpretativas del fenómeno moral.

Para introducir este nivel de análisis, centrado en la consideración de las dos orientaciones propuestas por Kohlberg y Gilligan (la justicia y la benevolencia respectivamente), a continuación se propone una breve exploración de las tradiciones y posiciones éticas que fundamentan estos dos planteamientos.

Kohlberg, quien se apoyó en las formulaciones de Kant, Hare y Rawls (Kohlberg 1995a; Kohlberg, Levine & Hewer, 1995b) caracterizó, como ya se señaló, un principio moral con relación a una toma de posición en una situación ideal, en la que sería posible la formulación de un juicio racional, libre de contingencias y de intereses personales y particulares. Hacer referencia a una situación ideal tiene, en la obra de Kohlberg, el sentido de expresar la idea de imparcialidad que habría de garantizar que el juicio moral adquiera un carácter universal. De esta manera, los juicios de justicia deben asegurar un equilibrio entre las diferentes perspectivas que toman parte en un conflicto de carácter moral, de tal suerte que se incluya la capacidad de ponerse en el lugar del otro, sólo posible cuando el sujeto –en sus estadios más avanzados– puede comprender hipotéticas tomas de roles (Kohlberg & Elfenbein, 1975).

Al contrario, el concepto de benevolencia<sup>15</sup> hace referencia a las relaciones entre los hombres y al interés en propiciar el bienestar en los seres humanos<sup>16</sup>. Si para Kohlberg el concepto de justicia exige un individuo autónomo, que al igual que un juez ideal se ha liberado de pasiones, intere-

---

14. La discusión entre Kohlberg y Gilligan tuvo cambios bastante evidentes. Inicialmente Kohlberg, al repetir argumentos kantianos y rawlsianos contra el utilitarismo y las éticas teleológicas, descalificó la teoría de Gilligan por no tener “fundamentación” ética; para Kohlberg, el aborto (el tema inicial de estudio de Gilligan) obedecería a problemas que atañen a personas y grupos particulares y por lo tanto no tendrían un carácter universal, ni posibilitaría establecer los juicios en términos de imparcialidad y justicia. Posteriormente, consideró el concepto de la benevolencia y el cuidado como complementario, pero en niveles psicológicos y en espacios de “actuación”. Gilligan a su vez, después de defender una postura radical que abogaba por las diferencias sexuales, acabó propone su concepto de benevolencia en términos de una orientación moral que también los hombres poseían. El debate que se presenta muestra que, independientemente de diferencias sexuales, el concepto de la benevolencia amplió el debate moral más allá del problema del deber y los derechos, e incluso mostró la posibilidad de abordar la fundamentación en términos diferentes a los referidos a una capacidad racional ejercida en procedimientos de argumentación.

15. En español esta palabra adquiere un significado diferente al que se quiere resaltar. En su sentido original, el concepto de benevolencia hace referencia al deseo de bienestar, de cuidado al otro. Así, benevolencia, en un sentido original, hay que entenderse como deseo (voluntad) de garantizar el bienestar del otro.

16. Para algunos, el concepto de benevolencia tuvo su origen en Hegel (Althof & Garz, 1986); para otros, sus inicios se encuentran en la obra de Hume e incluso antes, en las obras de Shaftesbury y Hutcheson (Baier 1993; Rorty 1994); para otros, este concepto adquirió una expresión clara y novedosa en la fenomenología (Dreyfus, 1993) o incluso en el posmodernismo y el comunitarismo (Pauer-Studer 1993; Jaggar 1993; Aissen -Crewett, 1992; Bublitz 1992). Para los autores citados, el trabajo de Gilligan introdujo en la psicología una discusión que en la filosofía ya se presentaba desde hacía ya algún tiempo. Incluso, algunos habrán de mostrar la radicalidad, a pesar de la misma Gilligan, que el concepto de benevolencia habría de tener para las discusiones psicológicas.

ses y personales motivaciones, el concepto de benevolencia reclama la consideración de los *Ethos* particulares y los diferentes intereses y proyectos de todas las personas, incluyendo dentro de sus juicios el bienestar, la lástima, el amor, la preocupación altruista por el prójimo (Frankena, 1991).

En este punto, cabe destacar que la concepción de Gilligan ha sido utilizada e interpretada de múltiples formas por posturas feministas y movimientos sociales (Nagl-Docekal, 1990; Nagl-Docekal, 1992; Maihofer, 1988; Bellenky, Clinchy, Goldberger & Tarule, 1991). No obstante, parece existir un consenso en la idea de que su propuesta teórica abrió nuevas posibilidades para un entendimiento alternativo de la psicología moral. Nagl-Docekal (1992; 1993) dice, por ejemplo, que la teoría de Gilligan ofreció la posibilidad de entender la moral desde el punto de vista de la sensibilidad al contexto y la narratividad y no bajo una postura que reclama validez universal o nivel de abstracción. La teoría de Gilligan se orienta hacia las relaciones y vínculos entre los seres humanos, hacia los sentimientos de empatía y el deseo de bienestar y no al distanciamiento de los otros, postura que correspondería a la defensa de los juicios "desencarnados" característicos de propuestas deontológicas como las de Kohlberg. De igual manera, Pauer-Studer (1993) y Friedman (1993) resaltan que la teoría de Gilligan, al contrario de las preguntas por el deber y el derecho, concentra su atención en la pregunta por lo "bueno", la empatía, el altruismo y el bienestar del ser humano.

Kohlberg, en su fuerte oposición a la teoría de Gilligan afirmó que ésta debía interpretarse como una postura relativista expresada en su a-sistématica y contingente manera de proceder. Kohlberg caracteriza la teoría de Gilligan como una propuesta que dirige su atención a problemas de "actuación" moral, o a decisiones personales, huérfanas de toda fundamentación ética. Citando a Boyd (Kohlberg, Levine y Hewer, 1992), sostiene que la idea de bien (la que asocia con la perspectiva de Gilligan) al ser variada conduce a un relativismo.

Las ideas sobre lo bueno y los ideales de la perfección humana no son en absoluto sin importancia para Rawls y Kohlberg. Pero no constituyen la esencia de la moralidad ni circunscriben de forma adecuada el acertado punto de entrada dentro de las cuestiones morales. Para ambos, la persecución del bien o de la perfección humana está subordinado a la adjudicación de las diferencias entre los individuos sobre como el bien y la perfección humana se tie-

nen que definir, fomentar y distribuir. Este punto de entrada no se puede entender a no ser que se entienda que ellos suponen que los individuos difieren y diferirán de esta forma fundamental. Esta suposición del conflicto humano se basa en una creencia más fundamental que el bien, incluso para un individuo, no es uno sino pluralista... la elección del bien se considera fundamentalmente subjetiva y pluralista, y el punto de vista moral se considera como una búsqueda de la objetividad, interpersonal y adjudicataria. (Boyd citado por Kohlberg, Levine & Hewer, 1992, p. 301).

Esa objetividad es garantizada, según Kohlberg, a través de una postura estructural que incluye la imparcialidad y la reversibilidad operatoria. La justicia sería la orientación moral que cumpliría estos requerimientos y que a la vez asumiría la condición necesaria para los juicios y las acciones particulares.



© Stock.XCHNG · Dora Pete

Para resumir, el que Piaget y nosotros nos centremos en la moralidad como justicia deontológica surge de un número de consideraciones metaéticas. Primero, deriva de nuestra concepción prescriptiva del juicio moral; dicho de otra manera nosotros nos centramos menos en las interpretaciones de los hechos en situaciones y más en aquellas interpretaciones que expresan orientaciones universalizables o de "debe"; otra razón para centrarnos en la justicia es nuestro interés por una vía cognitiva o "racional" a la moralidad. Esto es cierto en parte en el sentido de que la justicia pide razones y justificaciones "objetivas" o racionales para una elección más que satisfacerse con compromisos subjetivos, "decisionistas" personales hacia fines y otras personas... posiblemente la razón más importante para centrarnos en la justicia es que es la característica más estructural del juicio moral. Para Piaget y para nosotros la justicia es la estructura de interacción interpersonal. Las "operaciones" de justicia, de reciprocidad y de igualdad en la interacción, son paralelas a las operaciones lógicas o a las relaciones de igualdad y reciprocidad en el campo cognitivo no moral. (Kohlberg, Levine & Hewer, 1992, pp.. 300-301).

Las obligaciones personales para la participación en el bienestar presuponen para Kohlberg los principios de justicia, que serían condición necesaria mas no suficiente de los juicios sobre el bienestar.



Para este autor, la teoría de Gilligan, en tanto no es adecuada para abordar problemas de justicia, permitiría ampliar el campo de concepción de la moral al reconocer la importancia de las relaciones de las personas, mas no cumpliría los requisitos necesarios para una discusión racional del problema moral. En suma, para Kohlberg el papel de una propuesta como la de Gilligan sería muy importante para dilucidar aspectos de la actuación moral y de los sentimientos de responsabilidad que facilitan que un sujeto se preocupe por cumplir sus propósitos morales, pero no habría de tener ninguna influencia en la formulación de principios, ni en la formulación de “un punto de vista ético”.<sup>17</sup>

Esta postura, al enfatizar en la separación entre lo justo y lo bueno, reedita en el campo psicológico una discusión que es parte del debate entre las llamadas posturas deontológicas y teleológicas en filosofía, en el que básicamente se plantea si los criterios para el establecimiento del juicio moral corresponden a aspectos relacionados con el deber, la justicia y el ejercicio de la racionalidad (posturas deontológicas), o si más bien hace referencia al bienestar, la felicidad y la preocupación por el otro (posturas teleológicas). Kohlberg, además de apoyarse en esta contraposición, expone una serie de argumentos de tipo psicológico a partir de los cuales intenta mostrar cómo sus estadios morales corresponden a una concepción estructural. Para este autor, establecer correlaciones entre sus estadios del desarrollo moral, los estadios cognitivos propuestos por Piaget y la propuesta de Selman sobre el desarrollo social se constituyó en una justificación suficiente para mostrar la fortaleza de su teoría; esta formulación lo lleva a afirmar que “el pensamiento lógico es una condición necesaria mas no suficiente para la perspectiva social<sup>18</sup> y que la perspectiva social a su vez sería una condición necesaria mas no suficiente para el juicio moral” (Kohlberg, 1995 c).

Estas afirmaciones, fundadas en la intención de garantizar el sentido de universalidad de las éticas deontológicas, no resuelven de manera contundente las críticas en cuanto a la determinación que Kohlberg supone entre el razonamiento lógico y la perspectiva social primero, y entre esto y el juicio moral después. La formulación “condición necesaria mas no suficiente” presenta más dificultades que aquellas que Kohlberg pretende solucionar. Por ejemplo, si lo necesario supone a las estructuras cognitivas como presupuesto para que se dé el avance en otras áreas, podría ser problemático en tanto hallazgos como los de Jennings (1975), Eckensberger y Reinshagen (1980) muestran que el pensamiento causal y lógico se desarrolla más tarde que aquel referido a la comprensión de los sentimientos de las personas.

Si, al contrario, la relación entre diferentes procesos del desarrollo se entiende como la correlación de variables independientes, la formulación de Kohlberg sería polémica, ya que el planteamiento de sus estadios se hizo bajo los mismos parámetros piagetianos. Kohlberg, y el mismo Selman, tomaron de Piaget sus criterios para caracterizar el desarrollo, el conocimiento de la realidad, las descripciones de los estadios, los cortes en el desarrollo etc. Es decir, si las dos teorías tienen las mismas concepciones sobre el desarrollo, si caracterizan de la misma manera los procesos de razonamiento de los sujetos, obviamente la correlación de sus datos debería ser alta<sup>19</sup> y la interdependencia debería estar asegurada.

Independientemente de la existencia o no de correlación entre los datos proporcionados por ambas propuestas, lo cierto es que el establecimiento de un vínculo entre dos áreas del desarrollo diferentes no necesariamente supone afirmar que un área cualquiera de conocimiento sea la matriz que explicaría la operatividad de la otra. Los resultados y los argumentos presentados por Kohlberg presuponen una sobredeterminación

17. Esta diferenciación de Kohlberg se puede ejemplificar de la siguiente manera: un discurso sobre la justicia podría plantear la obligatoriedad de asegurar unas condiciones de vida digna a los ancianos y a aquellas personas que no pueden valerse por sí mismos. Los aspectos psicológicos y de responsabilidad se refieren a los posibles sentimientos de obligación a personas particulares. En otras palabras, independientemente del sentimiento que tenga hacia mi padre, y de lo responsable que me sienta por su estado personal, el discurso de la justicia debe velar por garantizar una vida digna a todos los ancianos.

18. La perspectiva social a la que se refiere Kohlberg es el desarrollo cognitivo-social propuesto por Robert Selman. Este autor propuso unos estadios del desarrollo social según el esquema piagetiano. La preocupación de Selman fue estudiar la comprensión del sujeto sobre la amistad, sobre las relaciones de pares y ciertos significados sociales.

19. Turiel se refiere a este tipo de perspectivas piagetianas aplicadas a problemas sociales, como propuestas que sobreutilizan la teoría de Piaget. Si por ejemplo se le pide a un niño del periodo preoperatorio que se imagine cómo habría de abordar un sujeto B ciertas tareas de conservación de la sustancia, obviamente se estaría evaluando no su capacidad para entender la perspectiva del sujeto B, sino su capacidad para resolver la tarea de conservación de la sustancia. En otras palabras, si el sujeto no es capaz de resolver los problemas de conservación, obviamente atribuirá al sujeto B sus mismas respuestas, que considera correctas. Con este ejemplo, afirma Turiel, los aspectos que debería contemplar una perspectiva social se reducen a una reedición de las propuestas piagetianas. Más adelante, se volverá sobre este punto.

cognitiva de todas las esferas de actuación del individuo, sin considerar ni explicar la especificidad de cada una. En efecto, el supuesto necesario para establecer el vínculo entre el desarrollo cognitivo propuesto por Piaget y el conocimiento moral es entender el primero como parte de una habilidad más general y como parte de un proceso completamente formal que posibilitaría el desenvolvimiento de procesos de razonamiento más específicos. Bajo estas premisas, las estructuras cognitivas obedecerían a procesos lógico-matemáticos que posibilitarían que cualquier tipo de conocimiento se dé de manera estructurada y exprese una coherencia y estabilidad a través de los diferentes contextos.

Lo anterior supondría definir al juicio moral como una “forma” cognitiva, que se manifestaría sólo cuando el sujeto alcance una estructura de razonamiento determinada que le posibilitaría entender problemas de cierta complejidad.

La estructura cognitiva piagetiana sería la “forma” pura que posibilitaría que un contenido particular como lo moral pudiera igualmente ser expresado en términos organizados y de esta manera reflejar la coherencia y estabilidad de los juicios de los sujetos.

Tomarse en serio esta interrogación a propuestas centradas en la dicotomía forma-contenido y al desarrollo como un progresivo proceso de abstracción de la realidad social permite plantear un concepto de desarrollo en términos de flexibilización del juicio, la ampliación de la noción de semejante y la idea de que los sujetos deben diferenciar e integrar los diferentes dominios de conocimiento que una tradición ha establecido, sin desconocer sus especificidades, para hacer inteligible la infinidad de posibilidades sociales que exigen estar a la altura de las sutiles demandas culturales y personales de la cotidianidad.

## Conclusiones

Al proponer su esquema de condición necesaria mas no suficiente, Kohlberg establece una jerarquía de niveles en orden de importancia o generalidad que serían: lo cognitivo-operatorio, la cognición social, el juicio y posteriormente la acción moral. Lo cognitivo, al ser entendido como una capacidad lógica, posibilitaría los otros

niveles, que estarían más vinculados a dominios de conocimiento y a variables psicológicas cada vez más particulares. Lo social, además de depender de una determinada estructura operatoria, sería una condición necesaria de lo moral, ya que el sujeto para emitir juicios sobre lo justo o adecuado de un comportamiento debe estar en la capacidad de ponerse en el lugar del otro y entender su perspectiva. Sólo a partir de la capacidad de entender todas las perspectivas de los actores de una situación social, el sujeto podrá construir su discurso sobre la rectitud o adecuabilidad moral de una determinada decisión. Por último, la acción moral se hace posible, según el esquema kohlbergiano, de acuerdo con la estructura del juicio moral que posea el sujeto.

Este esquema jerárquico propuesto por Kohlberg puede tener una serie de problemas como los siguientes:

1. La diferenciación entre formas y contenidos se hace bastante borrosa, ya que no queda claro en la formulación de tantos niveles cuál tipo de conocimiento obedece a formas estructurales y cuál a contenidos particulares. Si el nivel cognitivo es la forma pura, no queda claro cómo habrían de entenderse los otros niveles propuestos según el mismo esquema de oposición de forma-contenido. ¿Es el juicio moral un contenido, una forma de operar o una mezcla de forma y contenido?

Cuando Piaget establece la separación entre formas y contenidos restringe el campo de análisis para que esta relación se haga evidente. En otras palabras, Piaget utiliza ciertos ejemplos en los que las maneras como se organiza la información ya son suficientemente aceptadas para poder dirigir la atención sobre la capacidad para expresar la información de acuerdo con ciertos códigos. Por ejemplo, es parte del conocimiento común que las figuras geométricas pueden clasificarse según el número de lados o ángulos, ciertas reglas y ciertas condiciones de inclusión. Estos supuestos propios del conocimiento geométrico permiten evaluar la capacidad del sujeto para dominar este código particular. Este código constituiría la lógica de clasificación propia de las estructuras del operadorio concreto.

Esta lógica operatoria<sup>20</sup> funciona con otros problemas que igualmente gozan de un código pre establecido para establecer discursos de inclusión, como la clasificación del sistema animal, las relaciones de gentilicio, etcétera.<sup>21</sup>

En estos casos, podría aceptarse, en el ánimo de continuar con la argumentación, que el contenido (sean las figuras geométricas, la taxonomía animal, etc.) depende de las estructuras operatorias, ya que se puede observar un proceso de organización de la información que es común. Pero, ¿qué pasa cuando el contenido no es tan conocido o no goza de un código conocido de descripción? ¿Qué pasa con hechos o fenómenos de los cuales no se ha unificado un discurso sobre sus partes identificatorias? ¿O con los hechos que despiertan variadas significaciones? En estos casos, el concepto de contenido en la obra piagetiana adquiere otro significado, ya que se propone como operando de manera independiente o como un obstáculo que entorpece o desestabiliza la operatividad de las estructuras cognitivas. El contenido ya no es visto como la materia bruta sometida a determinadas formas de procesamiento cognitivo, sino como una entidad independiente que no puede ser organizada por las estructuras de conocimiento y que en muchos casos las afecta de manera negativa.<sup>22</sup>

Estos contenidos contaminantes, que según Piaget son excepciones del proceso de conocimiento, le llevan a postular su concepto de *decalage horizontal*, o regresión, para dar cuenta de accidentes secundarios de lo intelectual. Independientemente que explique estos *decalages* en términos de factores afectivos, de procesos de significación individuales o de cualquier otra variable psicológica, lo fundamental aquí es que el mismo autor no presenta una concepción unificada del concepto de contenido.

De otro lado, cabe resaltar que esta diferenciación muestra que su criterio clasificador del contenido no sigue sus mismos modelos explicativos. Al establecer que existen unos contenidos que se someten a un proceso de organización neutral, propio de sus estructuras cognitivas, y unos contenidos ajenos, que son parte de procesos de significación personales y culturales, es claro que establece una diferenciación y caracterización de problemas que parecen depender de un proceso de interpretación previo a cualquier proceso formalizador. En otras palabras, si existen unos hechos o contenidos, producto de procesos de significación no formalizables, ¿no se podría afirmar que los fenómenos por él escogidos para ejemplificar sus estructuras operatorias han sido seleccionados igualmente por ciertos procesos interpretativos que no se hacen evidentes por gozar de una aceptación en ciertos campos o comunidades de conocimiento?

Cualquier conceptualización propuesta para diferenciar los tipos de contenidos hace evidente que para operar una determinada estructura cognitiva se hace necesario un proceso de significación y valoración anterior. Los procesos cognitivos se hacen posibles por procesos de significación que determinan cómo interpretar y diferenciar los diferentes fenómenos, al igual que posibilitan el tipo de lenguaje que podría aceptarse para describirlos.

La presente argumentación no se dirige sólo a la dificultad de separar las formas de los contenidos, sino a mostrar que el conocimiento no depende de procesos formales, sino de procesos

20. Piaget subdivide las formas lógicas del operadorio concreto en dos: la lógica de clases y la lógica de relaciones, que a su vez subdivide en dos formas cada una, compuestas por dos formas más específicas. El total de las estructuras de agrupamiento es de ocho formas lógicas. En el operadorio formal propone 16 formas combinatorias a partir de la lógica proposicional.

21. El mismo análisis podría hacerse sobre las estructuras del operadorio formal, pero se considera que es suficiente el caso analizado para mostrar el argumento.

22. Piaget establece varios sentidos sobre el concepto de contenido: 1. Los ejemplos que se utilizan para ilustrar el funcionamiento de las estructuras operatorias. 2. Los componentes infralógicos (el tiempo, la causalidad y el espacio) que imponen a su vez ciertas restricciones a la aplicación armónica de las formas operatorias. 3. El contenido como obstáculo o desestabilizador de las estructuras cognitivas. Este último significado adquiere muchos sentidos en la obra de Piaget, desde aquellos aspectos de significación personal, indefinidamente variables, hasta las tareas de sus críticos, a quienes acusa de no cumplir o comprender sus exigencias estructurales. En este análisis, se centra la atención en el primero y el tercer tipo de contenido, ya que permiten de manera más clara ilustrar la argumentación. En otro texto se presentan con más detalle los diferentes sentidos de contenido en la obra piagetiana (ver Yáñez Canal, J., 2000).

de significación que operan por encima de la conciencia del sujeto y de todo intento por establecer reglas estructurales de funcionamiento. Los procesos formales, como las estructuras cognitivas propuestas por Piaget, son simplemente un lenguaje de notación utilizado por una comunidad que ha delimitado cierto tipo de fenómenos para ser analizados de determinada manera. El proceso de conocimiento opera sobre un horizonte de significación que establece cómo nominar y clasificar los diferentes acontecimientos.

Si esta interpretación puede proponerse para analizar algunas dificultades de la teoría de Piaget, en el caso de la obra de Kohlberg esto se hace más evidente. Lo moral o el conocimiento social propuesto por Selman, ¿debería ser un contenido dependiente de la forma operatoria piagetiana o formas isomórficas de éstas?

Si Kohlberg entiende lo moral como un dominio específico, es claro que no puede proponerse un análisis formal similar al propuesto por Piaget. Pero si se propone el dominio moral como un área con ciertas especificidades y exigencias, lo operatorio se convertirá en un esquema general que simplemente se presentará para ver cierto grado de estabilidad en las respuestas de los sujetos. Este esquema general que señala la estabilidad y coherencia de los juicios sólo podría guardar con la teoría de Piaget una relación lejana, como la que se podría establecer con cualquier propuesta de correlacionar las respuestas de los sujetos ante diferentes y variados dominios de conocimiento.

Con el ánimo de continuar con esta argumentación, al suponer que Kohlberg logra establecer una jerarquía de niveles estructurales, se puede intentar analizar con más detalle cómo se expresan estos niveles en su teoría. Kohlberg intenta establecer una diferenciación de contenidos para clasificar aquellos problemas que podrían reconocerse como morales y no morales, al igual que para diferenciar aquellas teorías que logran proponer una teoría ética de aquellas que sólo logran, de manera secundaria, complementar las

teorías éticas.

A pesar de denominarse cognitivo y estructuralista, Kohlberg establece una diferenciación entre aquellos dilemas<sup>23</sup> que pueden ser parte de una preocupación ética universalista y aquellos que reflejan únicamente los intereses de grupos particulares. Es decir, lo universal del juicio no está en la forma de argumentación o en las maneras imparciales y equitativas de proceder sino en el problema que facilitaría que estos juicios no fueran afectados de manera negativa.

El aborto, que era el dilema utilizado por Gilligan para su investigación, al igual que las relaciones de amistad, los compromisos con ciertos propósitos grupales o ciertas conductas altruistas<sup>24</sup>, eran descalificados por Kohlberg por no ser problemas morales. Usualmente argumentaba que estos problemas no eran morales, porque afectaban a una población específica, porque tenían que ver con decisiones personales relacionados con el cuerpo, la seguridad personal o las relaciones afectivas cercanas. Incluso, muchos de estos problemas deberían descalificarse porque contemplaban elementos de acción moral no necesariamente universalizables.

De manera más notoria que en Piaget, Kohlberg establece una diferenciación de contenidos de acuerdo con las posibilidades que ofrecen para exemplificar sus formas de razonamiento moral y para delimitar los problemas que deberían reclamar un análisis ético. En este orden de ideas, los dilemas utilizados en su investigación (el conflicto entre la vida y la propiedad privada, entre el cumplimiento de un acuerdo y una necesidad apremiante, etc.) pueden calificarse de morales en oposición de todos aquellos que perspectivas teóricas diferentes llegaran a proponer.

Si se supone que en ética es necesario establecer una diferenciación entre aquellos problemas morales y los que no pueden considerarse como morales (como las reglas de cortesía, o de prudencia), el punto polémico de la obra de Kohlberg es que, además de su constante variación en la

23. Los dilemas son aspectos fundamentales dentro del proceso investigativo del juicio moral de Kohlberg. Este autor sigue a Ross, Hare, Raphael y otras propuestas metaéticas de corte kantiano y reclama para el análisis del juicio moral un nivel de razonamiento en el que el sujeto pueda sopesar argumentos en conflicto. Si se evalúan valores independientes y particulares, Kohlberg y los autores arriba citados creen que el sujeto puede obrar sin conocimiento, ni justificación racional y autónoma, que conduciría a que su comportamiento no fuera calificado de moral. El dilema exige un discurso que confronte valores en disputa y que explique el criterio utilizado para lograr juicios imparciales y universales.

24. Estos dilemas eran utilizados por otros autores que no aceptaban su teorización o que desarrollaron otros temas de investigación del desarrollo moral.

25. En las teorías cognitivas es usual encontrar que el concepto de acción se entiende como el espacio donde el sujeto se desestabiliza y presenta una serie de conductas no coherentes, ni relacionadas con sus juicios. En vez de convertirse en problema la poca coherencia entre el juicio y la acción, estas perspectivas cognitivas, entre las que se encuentra Kohlberg, descalifican este nivel de análisis con una serie de adjetivos que logran inmunizar sus propias teorías de cualquier tipo de cuestionamiento.

26. Kohlberg cambió constantemente sus procesos metodológicos de investigación, así como su comprensión de los problemas morales y su explicación de las respuestas de los sujetos. En un artículo posterior, se mostrará la historia intelectual de Kohlberg y las razones para su tan variada teorización.

delimitación de aquellos problemas morales, su perspectiva estructuralista proponía entender el contenido como la sustancia pasiva propia de las formas de razonamiento.

Al igual que Piaget, Kohlberg parte de una clasificación implícitamente establecida de manera previa en una comunidad o tradición particular, para establecer cuáles habrían de ser los problemas propios de la reflexión ética y cuáles las soluciones adecuadas a estos problemas, o al menos las maneras esperadas para realizar un análisis sobre ellos. En otras palabras, el supuesto proceso racional del juicio moral es simplemente una forma social de abordar determinados conflictos y ofrecer soluciones que puedan ser percibidas como adecuadas.

2. El recurso a la fórmula “condición necesaria mas no suficiente” y su uso para identificarse con la teoría piagetiana no es lo suficientemente claro y coherente en las formulaciones de Kohlberg, ya que es utilizada tanto para demostrar que su teoría y la de Selman siguen los lineamientos cognitivo-evolutivos, como para establecer la relatividad y variabilidad de la acción moral, que está al final de su jerarquía de niveles estructurales. La acción moral, que a su vez tiene como condición necesaria el juicio moral, obedece, según Kohlberg, a un relativismo y a una variabilidad producto de los sentimientos y significados personales imposibles de ser formulados al mismo nivel que los principios morales universales.

La actuación moral, que correspondería a un nivel de explicación psicológica<sup>27</sup>, podría complementar la teoría moral, cree Kohlberg, al agregar ciertas variables específicas que podrían ayudar a comprender las maneras como las personas corrientes se sienten obligadas con ciertas premisas morales. Este nivel aportaría en la consideración de aspectos concretos de la actuación humana, pero no podría participar en el discurso de fundamentación de lo moral.<sup>28</sup>

Possiblemente los argumentos que utiliza para justificar su afirmación puedan ser aceptados (no es importante en este contexto cuestionar esta idea relacionándola con lo expuesto en el apartado anterior) si se asocian con la separación entre competencia y actuación, o entre sujeto epistémico y sujeto psicológico, propuestos en la lingüística chomskyana o en el estructuralismo genético. Lo que no es claro es a partir de qué momento esta separación se hace tan estricta, si en los primeros niveles la relación permitía formular su teoría como una teoría de la competencia.

Si se acepta que la teoría de Piaget es una teoría de la competencia cognitiva, y que el segundo y tercer nivel (la cognición social propuesta por Selman y su teoría del juicio moral) igualmente puedan entenderse como teorías sobre competencias cognitivas, no queda claro por qué el último nivel, el de la acción moral, se interpreta de manera tan opuesta a los otros niveles presentados.

Si lo cognitivo piagetiano, al ser la condición necesaria mas no suficiente del juicio social, permite caracterizar el juicio social en términos formales, si el juicio social como “condición necesaria mas no suficiente” permite identificar en términos formales el juicio moral, ¿por qué no se puede establecer la misma caracterización para la acción moral?

Si se acepta como posible que la relación “condición necesaria mas no suficiente” es una manera legítima de demostrar el componente formal y cognitivo del juicio moral, la pregunta esencial de esta exposición queda aún sin responder: ¿Por qué en el último nivel de la jerarquía de niveles esta relación opera de manera diferente? ¿Por qué la acción moral no se somete a un análisis objetivo y formal de lo ético, si igualmente tiene como condición necesaria el juicio moral que opera en términos cognitivos y universales? ¿En qué momento la relación condición necesaria mas no suficiente adquiere otro sentido, que conduce a descalificar la acción moral como un nivel sin pretensiones de universalidad y relativista?

27. Es usual en ciertas perspectivas formalistas identificar la psicología con un nivel de concreción alejado de la universalidad propia del conocimiento científico o de las reflexiones éticas. Esta concepción, que más parece un remanente de ciertas concepciones de la filosofía racionalista de inicios de la modernidad, es bastante arbitraria en los autores de la psicología estructuralista, cuyo uso parece estar más orientado a descalificar las teorías competidoras e inmunizar sus propias teorías.

28. Esta separación entre lo abstracto y lo concreto, que se convirtió en una verdad incuestionable en la filosofía y psicología occidental de tradición formalista, tuvo ciertas variaciones (que demuestran su función retórica) en la teoría kohlbergiana. Inicialmente, la escala abstracción-concreción se estableció para separar los estadios del desarrollo psicológico y ofrecer una interpretación histórica-progresionista del debate ético. Los estadios iniciales del desarrollo psicológico se identificaban con teorías éticas que Kohlberg consideraba más primitivas. De esta manera, la ley del talón se equiparaba al estadio 1, la regla de oro con el estadio 2, los principios cristianos con el estadio 3, las teorías del contrato social con el estadio 4, el utilitarismo con el estadio 5 y la teoría de Rawls con el estadio 6. Igualmente, las teorías psicológicas como la de Gilligan correspondían con un estadio más primitivo (el estadio 3 como ya se explicó). Esta idea, que fue parte de las primeras formulaciones de la teoría de Piaget (y de muchos autores que incorporaron en la psicología las primeras formulaciones de la teoría de la recapitulación biológica), no sólo demuestra el sentido bastante arbitrario del par abstracción-concreción, sino además cómo éste ha sido utilizado para despertar una serie de prejuicios y presupuestos negativos que parece alivian a sus autores de la obligación de argumentar.

El salto del juicio a la acción moral representa un cambio en la concepción de moral, que parece depender de supuestos ajenos a la caracterización cognitiva y estructural de Kohlberg. Esto se hace más evidente cuando la categoría nivel de actuación o nivel de explicación psicológica se atribuye a otros autores que aun pretendiendo seguir los lineamientos kohlbergianos llegaron a otros resultados y a otras interpretaciones sobre el desarrollo moral.<sup>29</sup>

La teoría de Gilligan, de autores como Turiel (1995), Erikson (1982), Blasi (1989), Sullivan, e incluso sus formulaciones de dilemas relacionados con profesiones o contextos particulares, son analizadas como teorías no relacionadas con problemas morales, a pesar de que sobre ellas pueda realizarse el mismo tipo de análisis cognitivo que Kohlberg elaboró sobre su propia conceptualización. Estas teorías no difieren de la de Kohlberg en grado de universalidad, ni en nivel de reversibilidad, ni en estructuración formal, ni en grado de prescriptividad, ni en ninguno de los procedimientos que Kohlberg cree deben cumplir las teorías sobre el desarrollo moral .

De nuevo parece que existiera una serie de presupuestos que establecen qué tipo de conceptualizaciones y de problemas y análisis habrán de considerarse formales y con ello, considerarse universales y no relativistas. El análisis formal y cognitivo no parece ser el criterio definitorio para determinar los juicios de los sujetos, sino una serie de significaciones previas que han establecido qué tipo de ejemplos son válidos para un discurso moral y cuáles son las formas de argumentación que deben calificarse como racionales y universales.

Esta diferenciación entre competencia y actuación adquiere cierto valor retórico. Las dificultades de la teoría de Kohlberg, al igual que las reformulaciones de éstas desde teorías competidoras, son remitidas a un nivel que se descalifica con los usuales adjetivos de la discusión ética y psicológica: corresponden a niveles de actuación, son complementos psicológicos del problema moral o simplemente son propuestas sin ningún fundamento ético. Sin desconocer la radical diferenciación entre lo ético y lo contingente, común en el debate filosófico, la presente argumentación sólo intenta mostrar que en la teoría kohlbergiana esta conceptualización es bastante imprecisa y llena de estrategias retóricas e intentos de inmunización conceptual.

3. La relación de condición necesaria mas no suficiente es una forma de hablar para establecer correlaciones entre fenómenos similares. Para Kohlberg es necesario poseer una determinada capacidad cognitiva (entendida en términos de manejar ciertas formas lógicas descritas por Piaget) para poseer una determinada capacidad de conocimiento social y moral. De esta manera, por ejemplo sólo los sujetos que han alcanzado un estadio de lógica proposicional estarán en capacidad de ponerse en el lugar del otro y considerar todas las perspectivas posibles que participan en un intercambio social, e igualmente podrán dar juicios equitativos e imparciales.

Kohlberg insiste en que la condición necesaria mas no suficiente se demuestra en que se pueden encontrar sujetos con un gran desarrollo cognitivo, pero con un pobre desarrollo social y moral, mas no la situación inversa, es decir, un sujeto que al encontrarse en los estadios más altos del desarrollo moral obtenga un puntaje muy bajo en las pruebas de desarrollo cognitivo. Estos datos empíricos confirmarían, cree Kohlberg, el papel generador y de control de los niveles previos en su jerarquía de tipos de conocimiento.

Sin necesidad de hacer referencia a otros autores que podrían establecer una jerarquía completamente diferente, o que incluso no ven la necesidad de una diferenciación de esta naturaleza, se puede afirmar que la relación de dependencia se hace evidente sólo si los diferentes juicios son caracterizados de manera similar. Si lo moral, en su estadio más desarrollado, por ejemplo, se entiende en términos de un juicio imparcial que no se orienta por las necesidades particulares y posibilita que los sujetos sean capaces de asumir una posición que habría de velar por unas supuestas necesidades de igualdad y equidad, obviamente habrá de proponerse como condición necesaria para este juicio moral la capacidad de un sujeto para reconocer las necesidades de todos los participantes y para buscar un equilibrio entre todos los intereses en juego. De la misma manera, este juicio social debe presuponer cierta estabilidad en el razonamiento y cierta capacidad para contemplar argumentos opuestos y para establecer con ellos algún tipo de ordenamiento jerarquizado, además de operar según procesos formales, que por su misma naturaleza se entienden como imparciales de los contenidos o situaciones particulares.

---

29. Piaget y Kohlberg han intentado este proceso descalificador de las teorías competidoras en los dos ejes en los que se desenvuelven sus descripciones psicológicas. Inicialmente, como ya se expuso, las teorías competidoras eran ubicadas en un estadio anterior del desarrollo del niño. Posteriormente, las teorías competidoras se descalificaban por reducirse a un nivel de actuación. Sea los niveles anteriores del desarrollo o el nivel de la acción, el estilo argumental es el mismo. Lo opuesto a la teoría de Piaget y Kohlberg se descalifica por ser más concreta y por dejarse afectar por lo variable y lo contingente.



De acuerdo con esta caracterización se hace evidente que los niveles guardan una relación estrecha entre sí y pueden ordenarse según ciertos vínculos de dependencia. En otras palabras, si Kohlberg define cada nivel de manera tan similar y dependiente es claro por qué establece las relaciones entre niveles que fueron descritas más arriba.

Si lo moral fuera definido no según juicios procedimentales, ni sobre criterios explícitos que pretenden asumir papeles de jueces ideales, posiblemente el compromiso con los otros y los hábitos propios de la acción serían los determinantes para entender cómo las personas logran ciertos consensos morales y cómo llegan a establecer parámetros que garanticen la dignidad y bienestar de los seres humanos. Esta concepción de lo moral, que puede ser completamente opuesta a la formulada por Kohlberg, posibilitaría no sólo cuestionar la jerarquía de niveles establecida por Kohlberg, sino también todos los supuestos formalistas y cognitivos que este mismo autor asociaba de manera estrecha a todo discurso ético. Es precisamente esta concepción la que se expondrá más adelante, después de presentar otros argumentos contra la preocupación de Kohlberg de fundamentar en términos cognitivos su propuesta de desarrollo moral.

4. Si lo afirmado en los apartados anteriores fuera fácilmente refutable y lo ético debiera ser definido en términos cognitivos y formales, no queda claro cómo habría de aplicarse esta conceptualización a la caracterización que hace Kohlberg de los estadios del desarrollo.

A parte de la supuesta formalidad y universalidad del estadio 6, que Kohlberg demuestra mediante algunos ejemplos de Kant, Rawls y otros autores de inspiración cognitiva, es poco claro cómo los estadios restantes habrían de operar en términos formales o estructurales.

Si se observa la descripción de los estadios morales propuestos por Kohlberg, no se encuentra en ellos ninguna caracterización en términos estructurales. Así, por ejemplo, evitar el castigo, actuar en función de la imagen del niño(a) bueno, como caracteriza Kohlberg algunos estadios, no corresponden en nada a una descripción estructural.<sup>30</sup>

Este autor incluso sugiere en otros contextos interpretar los juicios morales de acuerdo con las formulaciones de Mead, Dewey y el interaccionismo simbólico, en las que la coherencia de los juicios obedece a una serie de informaciones culturales que los sujetos procesan de manera diferencial en su desarrollo.

Con todo lo dicho, podría afirmarse que los criterios exigidos por Kohlberg para la aceptación de una teoría del desarrollo moral no se corresponden con sus formulaciones. Su estricta separación entre formas y contenidos no se observa en la caracterización de sus estadios, en la diferenciación de juicio y acción, en la caracterización de lo que sería un problema moral y en otros aspectos ya señalados.

Las críticas de Kohlberg a la teoría de Gilligan y a otras teorías pueden ser dirigidas contra sí mismo. Sus criterios cognitivos, que supuestamente deben garantizar la selección de los problemas éticos, al igual que los juicios universales, pueden ser puestos en cuestión de la misma manera que lo hizo cuando se refería a ajenas conceptualizaciones.

Independientemente de que Kohlberg sea utilizado de modo parcial para justificar una particular posición en otra disciplina, e independientemente del poco conocimiento que existe sobre la obra de este autor, o de que sus limitaciones se deban a sus preocupaciones psicológicas, la argumentación aquí expuesta permite identificar una serie de dificultades que cuestionan en profundidad la apuesta por una concepción estructuralista

30. En algunos momentos de su obra Kohlberg intenta aplicar este análisis estructural cuando propone el desarrollo de la reciprocidad. Este análisis, que parece repetir los primeros análisis de Piaget sobre el manejo y conciencia de las reglas, no se corresponde a su concepto de justicia, que propone para operar más allá de todo trato reciprocidad.

del desarrollo moral, derivada de esquematismos lógicos sin mayor participación de los contenidos sociales y afectivos que caracterizan a las situaciones morales y que involucran también al agente. Tomarse en serio esta interrogación a propuestas centradas en la dicotomía forma-contenido y al desarrollo como un progresivo proceso de abstracción de la realidad social permite plantear un concepto de desarrollo en tér-

minos de flexibilización del juicio, la ampliación de la noción de semejante y la idea de que los sujetos deben diferenciar e integrar los diferentes dominios de conocimiento que una tradición ha establecido, sin desconocer sus especificidades, para hacer inteligible la infinidad de posibilidades sociales que exigen estar a la altura de las sutiles demandas culturales y personales de la cotidianidad.

## Referencias bibliográficas

- Aissen-Crewett, M. (1992). Feministisch-postmoderne. De und Rekonstruktion der Philosophie. Ethik und Sozialwissenschaften. Streitforum für Erwagungskultur. EUS 3 (1992) Heft 4. 532-534. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Althof, W. & Garz, D. (1986). Moralische Zugänge zum Menschen- Zugänge zum moralischen Menschen. Schlußbetrachtungen. In F. Oser, W. Althof & D. Garz (Hrsg.), *Moralische Zugänge zum Menschen- Zugänge zum moralischen Menschen.* (S. 327-362). München: Peter Kindt Verlag.
- Aristoteles. (1993). *Etica nicomáquea.* Madrid: Planeta Deagostini.
- Baier, A. C. (1993). Hume, der Moraltheoretiker der Frauen?. In H. Nagl & H. Pauer-Studer (Hrsg.), *Jenseits der Geschlechter Moral.* (S. 105-134). Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Belenky, M. F., Clinchy, B. M., Goldberg, N. R. & Tarule, J. M. (1991). *Das andere Denken. Persönlichkeit, Moral und Intellekt der Frau.* Frankfurt/ Main: Campus Verlag.
- Blasi, A. (1989). *Las relaciones entre el conocimiento moral y la acción moral: una revisión crítica de la literatura.* En: Turiel, E. (1995). (Comp.). *El mundo social en la mente infantil.* Madrid: Alianza.
- Brown, L. M. & Tappan, M. B. (1991). Interpretive experiments: Probing the Care-justice debate in moral development: commentary. Special Section: Intersecting conceptions of morality and moral development. *Human Development.* Mar-Apr. Vol 34(2), 81-87.
- Bruhn, Ch. (1994). *Männliches und Weibliches Moralverständnis bei Umweltproblemen.* Bonn: Holos Verlag.
- Bruner, J. (1990). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva.* Madrid: Alianza editorial.
- Bublitz, H. (1992). "Geschlecht" als zusätzliche Analysekategorie einer feministischen-Philosophie oder als grundsätzlich neuer Denkansatz?. Ethik und Sozialwissenschaften. Streitforum für Erwagungskultur. EUS 3(1992), Heft 4. 359-360. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Butterworth, G. (1987). *Algunas ventajas del egocentrismo.* In J. Bruner (Hg.). *La elaboración del sentido.* Barcelona: Ed. Paidós.
- Buzzelli, C. A. (1992). Popular and rejected children's social reasoning; Linking social status and social knowledge. *Journal of Genetic Psychology.* Sep. Vol. 153 (3), 331-342.
- Clopton, N. A. & Sorell, G. T. (1993). Gender differences in moral reasoning: Stable or situational? *Psychology of Women Quarterly.* Mar, Vol. 17(1), 85-101.

- DiMartino, E. C. (1990). The effects of research design on the study of sex differences in moral development. *Counseling and Values*, Apr., Vol. 34(3), 209-212.
- DiMartino, E. C. (1991). Effect of culture on women's interpretation of moral and conventional dilemmas. *Journal of Social Psychology*. Jun, Vol. 131(3), 313-319.
- Dunn, J. (1982). Hermanos y hermanas. Madrid: ed. Alianza.
- Dunn, J. (1987). *La comprensión de los sentimientos: las primeras etapas*. In J. Bruner (Hg.), *La elaboración del sentido*. Barcelona: ed. Alianza.
- Eckensberger, L. H. & Reinhagen, H. (1980). Kohlbergs Stufentheorie der Entwicklung des Moralischen Urteils: Ein Versuch ihrer Reinterpretation im Bezugsrahmen handlungstheoretischer Konzepte. In L. Eckensberger & R. K. Silbereisen (Hrsg), *Entwicklung sozialer Kognition. Modelle, Theorien, Methoden, Anwendung*. (S. 65-131). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Frankena, W. K. (1991). Wohlwollen und Gerechtigkeit. In Nuner-Winkler, G. (Hg), *Weibliche Moral*. (S. 210-218). Frankfurt/ Main: Campus.
- Friedman, M. (1993). Jenseits von Fürsorglichkeit. Die Ent-moralisierung der Geschlechter. In Jenseits der Geschlechter Moral. Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Furnham, A. & Briggs, J. (1993). Ethical ideology and moral choice: A study concerning the allocation of medical resources. *Journal of Social Behavior and Personality*. Vol 8(1). 87-98.
- Geulen, D. (1982), (Hg), *Perspektivenübernahme und soziales Handeln*. Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Gilligan, Carol. (1984), *Die andere Stimme. Lebenskonflikte und Moral der Frau*. München: Piper. (Original 1982).
- Gilligan, C. (1991). *Moralische Orientierung und moralische Entwicklung*. In Nunner-Winkler(Hg), *Weibliche Moral*. (S. 79-100). Frankfurt/ Main: Campus.
- Gilligan, C. (1993). Verantwortung für die anderen und für sich selbst- das moralische Bewußtsein von Frauen. In G. Schreiner (Hg), *Moralische Entwicklung und Erziehung*. Aachen-hahn: Hahner Verlag-Ges.
- Gilligan, C. & Wiggins, G. (1993). Die Ursprünge der Moral in den frühkindlichen Beziehungen. In H. Nagl-Docekal & H. Pauer-Studer (Hrsg). *Jenseits der Geschlechter Moral* (S. 69-104). Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Haan, N., Smith, M. B. & Block, J. (1968). Moral reasoning of young adults: Political and social Behavior, family, background, and personality correlates. *Journal of Personality and Social Psychology*, 10, pp. 183-201.
- Haste, H. (1993). Die Moral, das Selbst und der soziokulturelle Kontext. In W. Edelstein, G. Nunner-Winkler & G. Noam, (Hrsg), *Moral und Person*. (S. 385-413). Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Heidbrink, H. (1991). *Stufen der Moral. Zur Gültigkeit der Kognitiven Entwicklungstheorie Lawrence Kohlbergs*. München: Quintessenz. Verlag.
- Holstein, C. (1976). Irreversible, stepwise sequence in the development of moral judgement. *Child Development* 47, pp. 51-61.
- Jaggar, A. M. (1993). Feministische Ethik: Eine Forschungsprogramm für die Zukunft. In H. Nagl-Docekal & H. Pauer-Studer (Hrsg). *Jenseits der Geschlechter Moral* (S. 195-218), Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Kohlberg, L. (1974). *Zur kognitiven Entwicklung des Kindes*. Frankfurt/ Main: Suhrkamp.

- Kohlberg, L. (1976a). *Moral stages and moralisation. The cognitive-developmental approach*. In T. E. Lickona (Ed), *Moral development and Behavior* (S. 31-53). New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Kohlberg, L. (1976b). *Moral stage scoring manual: Part I, Introduction to interviewing and scoring*. Center for Moral Education. Harvard, Cambridge, Massachusetts.
- Kohlberg, L. (1984). *The Psychology of Moral Development*. San Francisco: Harper Row.
- Kohlberg, L (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer, S. A.
- Kohlberg, L. (1995a) Moralstufen und Moralerwerb: Der kognitiv-Entwicklungsteoretische Ansatz. In W. Althof (Hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 123-174). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1976a).
- Kohlberg, L. (1995b). Moralische Entwicklung. In W.. Althof (Hg). Lawrence Kohlberg. *Der Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 7-40). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1988).
- Kohlberg, L. (1995c). Zusammenhänge zwischen der Moralentwicklung in der Kindheit und im Erwachsenenalter- neu interpretiert. In W. Althof (hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 85-122). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1973).
- Kohlberg, L. (1995d). Die Bedeutung und Messung des Moralurteils. In W. Althof (Hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S.175-216). Frankfurt/ Main:Suhrkamp. (Original 1979).
- Kohlberg, L., Kauffman, Scharf, P. & Hickey, J. (1974). *The just community approach to correction: A manual, Part II*. Harvard University, Moral Education Research Foundation.
- Kohlberg, L. & Elfenbein, D. (1975). The Development of Moral Judgements Concerning Capital Punishment. *American Journal of Orthopsychiatry*, 45(4), pp. 614-640.
- Kohlberg, L., Levine, Ch. & Hewer, A. (1995). Zum gegenwärtigen Stand der Theorie der Moralsstufen. In W. Althof (Hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 217-372). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1984).
- Kohlberg, L. & Candee, D. (1995). Die Beziehung zwischen moralischem Urteil und moralischem Handeln. In W. Althof (Hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 373-494). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1984).
- Kohlberg, L. & Kramer, R. (1995). Zusammenhänge und Brüche zwischen der Moralentwicklung in der Kindheit und im Erwachsenenalter. In W. Althof (Hg), Lawrence Kohlberg. *Die Psychologie der Moralentwicklung*. (S. 41-80). Frankfurt/ Main: Suhrkamp. (Original 1969).
- Lavallee, M., Gourde, A. & Rodier, Ch. (1990). The impact of lived experience on cognitivoethical development of today's women. *International Journal of Behavioral Development*. Dec, Vol. 13(4), 407-430.
- List, E. & Studer, H. (1989). *Denkverhältnisse. Feminismus und Kritik*. Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Maihofer, A. (1988). Ansätze zur Kritik des moralischen Universalismus. Zur moraltheoretischen Diskussion um Gilligans Thesen zu einer 'Weiblichen' Moralauffassung. In *Feministische Studien*. Jg 6. Nr 1, pp. 32-52. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Mattie-Luksic, M. (1996). *A Study of the Relationship of Counselor Education and Moral Development, Conceptual development and Self Actualization*. Unveröffentlichte Dissertation. George Mason University.
- Mounoud, P. (1983). *La evolución de la imagen de sí mismo entre los 3 y los 11 años como ilustración de un modelo teórico del desarrollo del niño*. In R. Puche (Hg.), *Investigaciones Pospiagetianas*. Cali, Colombia: Ed. Cleps.

- Nagl-Docekal, H. (1992). *Von der feministischen Transformation der Philosophie. Hauptartikel*. In *Ethik und Sozialwissenschaften*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Nagl-Docekal, H. (1993). Jenseits der Geschlechtermoral. Eine Einführung. In H. Nagl-Docekal & H. Pauer-Studer (Hrsg), *Jenseits der Geschlechter Moral*. (S. 7-32). Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Nagl-Docekal, H. & Pauer-Studer, H. (Hrsg). (1990). *Denken der Geschlechterdifferenz. Neue Fragen und Perspektiven der Feministischen Philosophie*. Wien: Wiener Frauenverlag.
- Nails, D. (1991). *Sozialwissenschaftlicher Sexismus: Carol Gilligans Fehlvermessung des Menschen*. In G. Nunner-Winkler (Hg), *Weibliche Moral. Die Kontroverse um eine geschlechtsspezifische Ethik*. (S. 101-108). Frankfurt/ Main: Campus.
- Noam, G. G. (1993). *Selbst, Moral und Lebensgeschichte*. In W. Edelstein, G. Nunner-Winkler & G. Noam (Hrsg), *Moral und Person*. (S. 151-199). Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Noddig, N. (1993). *Warum sollten wir uns Sorgen sorgen?* In H. Nagl-Docekal & H. Pauer-Studer (Hrsg), *Jenseits der Geschlechter Moral*. (S. 135-172). Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Nunner-Winkler, G. (1991). *Gibt es eine weibliche moral?* In G. Nunner-Winkler (Hg), *Weibliche Moral. Die Kontroverse um eine geschlechtsspezifische Ethik*. (S. 147-161). Frankfurt/ Main: Campus.
- Nunner-Winkler, G. (1993). *Die Entwicklung moralischer Motivation*. In W. Edelstein, G. Nunner-Winkler & G. Noam (Hrsg), *Moral und Person*. (S. 278-306). Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Nunner-Winkler, G. (1994a). *Eine weibliche Moral? Differenz als Ressource im Verteilungskampf*. Zeitschrift für Soziologie. 23(6), 417-433.
- Nunner-Winkler, G. (1994b). Der Mythos von den zwei Moralen. Deutsche Zeitschrift für Philosophie. 1994, 42, 237-254.
- Nunner-Winkler, G. & Edelstein, W. (1993). Einleitung. In W. Edelstein, G. Nunner-Winkler, & G. Noam. (Hrsg), *Moral und Person*. (S. 7-32). Frankfurt/ Main: Suhrkamp.
- Pauer-Studer, H. (1993). *Moraltheorie und Geschlechterdifferenz. Feministische Ethik im Kontext aktueller Fragestellungen*. In H. Nagl-Docekal & H. Pauer-Studer (Hrsg). *Jenseits der Geschlechter Moral*. (S. 33-68). Frankfurt/ Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Perez-Delgado, E.; Garcia Ros, R.; & Caprion, C. (1992). Efecto de las variables educación formal y sexo sobre el desarrollo de la capacidad de razonamiento moral. *Revista de Psicología. Universitas Tarragonensis*. (1992), Vol 14(2), pp. 63-92.
- Pratt, M.; Golding, H. L.; Hunter, W. & Norris, J. (1988). From Inquiry to Judgement: Age and Sex Differences. In Patterns of Adult Moral Thinking and Information-Seeking. Introduction. Aging and Human Development, 27(2).
- Rest, J. (1979). *Development in Judging Moral Issues*. Department of social Psychology. University of Minnesota.
- Rommelspacher, B. (1992). Mitmenschlichkeit und Unterwerfung. Zur Ambivalenz der weiblichen Moral. Frankfurt/ Main: Campus.
- Sandel, M. J. (1982). *Liberalism and the Limits of Justice*. Cambridge/ Mass: Cambridge University Press.
- Schiller, R. A. (1996). The Relationship of Developmental Tasks and Gender to Life Satisfaction, occupational Attainment, and moral reasoning. Unveröffentlichte Dissertation. University of Minnesota.

- Selman, R. L. (1980). *The growth of interpersonal understanding: Developmental and clinical analyses*. New York: Academic Press.
- Sochting, I., Skoe, E. E. & Marcia, J. E. (1994). Care-oriented moral reasoning and prosocial behavior: A question of gender or sex role orientation. *Sex Roles*. 1994, Aug, Vol 31(3-4), pp.131-147.
- Stander, V. & Jensen, L. (1993). The relationship of value orientation to moral cognition: Gender and cultural differences in the United States and China explored. *Journal of Cross-Cultural Psychology*. Mar, Vol 24(1), pp. 42-52.
- Turiel, E. (1995). *Moral Development*. Berkeley: University of California press.
- Vasudev, J. (1988). Sex differences in morality and moral orientation. A discussion of the Gilligan and Attanuci-study. *Merrill Palmer Quarterly*, 34, pp. 239-244.
- Zupancic, M. & Horvat, L. (1990). Die Rolle des moralischen Urteils bei der Anpassung von Schulkindern. *Psychologische Beiträge*, 32(1-2), pp. 111-118.